

Teresa Wilms Montt

A la conquista de

Por Barefca Abusleme Peña

Teresa Wilms Montt fue una mujer que se lo sufrió y jugó todo por hacer lo que realmente le gustaba: escribir. Sin embargo, no perteneció a la época que le tocó vivir, en pleno cambio de siglo, entre los años 1893 y 1921.

Nació en cuna de oro y con una perfecta belleza física. Fue la segunda de la familia y, como buena hija burguesa, las institutrices iban a su casa a hacerle clases. Desde pequeña demostró tener una personalidad distinta a las de sus cinco hermanas. Para su tiempo, era de corte rebelde.

Se casó a los diecisiete años, sin la aprobación de sus padres. El afortunado fue Gustavo Balmaceda (emparentado con el ex-Presidente de la República José Manuel Balmaceda) quien resultó ser todo lo opuesto a lo demostrado en la fase de enamoramiento.

Al principio, el matrimonio fue bueno. Pero, cuando Teresa comenzó a ser conocida en el ambiente literario, su esposo se sintió profundamente ofendido. Allí comenzaron todos los problemas de la pareja.

Teresa, enamorada, decide dejar de pasar parte de las noches fuera de casa. Pero eso no significa que deje de crear y de escribir, pero Gustavo resultó ser su peor crítico. No perdió oportunidad de reirse de las creaciones de su esposa, generando en ella una fuerte depresión que le produjo una gran baja en su nivel literario.

Progresivamente, la escritora se transformó en un problema "vergonzoso" para su familia y su marido. Como no fue la típica chilena de la época, rompió todos los esquemas y Gustavo -cansado de ese comportamiento "rebelde" y "extraño"- decidió practicar algo común en aquel tiempo en nuestro país: internarla en un convento.

Para ello contó con el apoyo de los propios padres de Teresa quienes, asociados con la familia de Gustavo, enviaron a la joven escritora al Convento Preciosa Sangre que -hasta hoy- se encuentra en la Plaza Brasil, en el centro de Santiago. En el lugar convivían mujeres trastornadas y enfermas, con otras que eran enclaustradas por sus maridos, sin necesariamente presentar algún tipo de enfermedad psíquica, sino que por el sólo hecho de constituirse en "molestias" para sus respectivas familias.

Teresa vive sola tan difícil momento, alejada de sus dos pequeñas hijas que habían nacido al amparo de su accidentado matrimonio. Las depresiones comenzaron a hacerse constantes y de larga duración. A pesar de ello, aprovechó la soledad para escribir un "*Diario Intimo*" en el que describe su particular situación: "*Privada de libertad para hacer valer mis derechos, con las manos atadas (...) soy un pobre resto de algo que se hundió*". A partir de ello, da los primeros "flirteos" con la aventura en la experiencia del suicidio.

El tiempo en el convento fue de mucho sufrimiento, hasta que con la ayuda de su amigo Vicente Huidobro logró escapar del insoportable recinto y se fuga del país. "*Estoy resuelta a ganarme la vida como mujer, sin mancharme, y a conquistar un nombre, ya que dejaré el mío*", se desafió.

Su próximo destino, Buenos Aires. Su nombre, Thérèse Wilms Montt. En la capital trasandina, la escritora se abrió paso entre los intelectuales bonaerenses y, en verdad, no pasó desapercibida. En un medio en el que los hombres predominaban sin contrapeso, de pronto apareció esta bellísima musa que deslumbró con su inteligencia. Enrique

Larreta escribió en la prensa de la época que "*Teresita tiene la desgracia gloriosa de no pasar inadvertida*"...

OTROS RUMBOS, OTROS SIN SABORES

Al breve plazo, no sólo se hizo conocida, sino que muy querida en el ambiente del intelecto argentino. "*Fue la niña de moda*", sentenció el cronista chileno Joaquín Edwards Bello. Para sobrevivir, la Wilms hace clases de idiomas y trabaja como periodista en la prestigiosa revista **Nosotros**. La vida se hace dura, ya desde hace bastante tiempo fuera de su cuna de oro natal. Vive en humildes lugares y en las noches comienza a rondar el hambre.

A pesar de todo, sale adelante y aparece su primer libro en 1917, entrando ya al actual siglo: "*Inquietudes Sentimentales*". A los pocos días, debió editarse una nueva remesa de ejemplares, pues se agotaron rápidamente. Igual cosa sucedió con su segunda obra, "*Los Tres Cantos*", durante el mismo año.

No cabía duda. Ese era su habitat. No obstante, rápidamente sintió que Buenos Aires no le llenó. En su búsqueda de nuevos horizontes, emigró a Europa durante la época de la Primera Guerra Mundial. Teresa decide unirse al voluntariado de la Cruz Roja del Frente Aliado. En la capital del Obelisco fue centro de una ceremonia en su honor que se realizó para despedir a esta singular chilena que como llegó se fue.

Se inscribió en el barco "Vestris" cuya única escala era Nueva York. "*¿Mañana será el fin o el principio de una etapa?*", se preguntó en su "*Diario*". El viaje es largo, la soledad le deprime y le sobreviene una nueva crisis.

"*Sin ser notada subí al puente. Allí, frente al cielo purísimo, eché la cabeza en los brazos desnudos y rompí a llorar. Después de unos instantes de serena locura, llamé a la muerte. Sus ojos negros, perforadores y atrayentes, abrieron a mis pies la ancha cuesta del vacío. Dos brazos vigorosos me detuvieron. Alguien me había seguido cautelosamente y, exponiéndose a caer conmigo, luchó al borde del abismo*", contó con descarnada honestidad en las emocionantes hojas de su "*Diario*". Era ya el segundo intento de suicidio. Esta vez, un joven argentino le había salvado la vida.

Una vez que llegó al puerto de Nueva York, Teresa enfrentó problemas con las autoridades. La acusaron de ser espía alemana porque no podían entender que viniera de un país con gente morena, más o menos de estatura media, que tuviera apellido germano, que fuera casada, pero que anduviera sin su marido, que fuera escritora y que, más encima, fuera a trabajar de voluntaria a la Cruz Roja en Europa. Todo les resultó extraño. Los antecedentes pedidos a Buenos Aires demoraron y Teresa debió permanecer presa en el "Vestris" algunos días. Sin embargo, se le permitió continuar rumbo a España.

En la península, Teresa vive en paupérrimas condiciones. De a poco se gana un sitio destacado dentro del ambiente intelectual. Su belleza también resultó ser un fuerte motivo para los comentarios. "*Los que la ven pasar, esbelta y rítmica, con sus pelos cortados y su bastoncillo insolente se preguntan si es una bailarina de bailes rusos o una parisense fantástica o una norteamericana tan millonaria que para sus ojos ha comprado las dos esmeraldas más*

un nombre

puras que hay en el mundo", escribió Enrique Gómez-Carrillo en el diario **El Liberal**. Posteriormente, fue amigo y admirador de la chilena.

Fue en los cafés, lugares vitales en donde la flor y nata del pensamiento literario se reunía y hacía real bohemia, en donde la Wilms conoció lo mejor de la intelectualidad madrileña. También se relacionó con los chilenos Joaquín Edwards Bello, Augusto D'halmar y su constante amigo Vicente Huidobro.

MUJER CON VOZ PROPIA

Con su nuevo nombre, Thérèse de la Cruz, vive largas noches de poesía, piropos y camaradería. Pero no hay que olvidar que eran principios de siglo, que el machismo es universal y que, por lo tanto, el trasnoche era un área reservada a los hombres. *"Esta mujer que lleva a cuestras la maldición de su belleza no es sino una escritora, una gran escritora que si fuese hombre y tuviese barbas formaría parte de todas las academias y llevaría todas las condecoraciones... Sólo que, ¡ay!, es una mujer y es lo más bonito de las mujeres"*, escribió Gómez-Carrillo. Respondió de esa manera al sarcástico comentario que de Teresa había hecho otro escritor, Gómez de la Serna, quien en un artículo periodístico escribió que la escritora chilena *"patinaba y decía cosas vagas y simples"*.

Teresa, en Madrid, preparó un nuevo libro que después tituló *"En la quietud del mármol"*, publicado en 1918 bajo firma Thérèse Wilms Montt. La característica principal de esta obra fue lo macabro y la permanente reiteración de la muerte.

En el mismo año publicó *"Anuarí"*, bajo la firma de Teresa de la Cruz, en cuyo título recordó a un amor que tuvo en Argentina, que se suicidó por ella. Teresa llevó consigo el peso de la culpabilidad de la situación. Anuarí (cuyo verdadero nombre era Horacio) resultó ser un hombre más rico y más joven que la escritora.

"¡Anuarí, Anuarí!... Si fuera posible resucitarte daría yo hasta mi conciencia por sentirte reír con esa risa de cascada de plata... ¡Anuarí, resucita!... Vuelve a la tibia cuna de mis brazos, donde te cantaré hasta convertirme en una sola nota que encierre tu nombre", escribió sin escondida pasión la Wilms en su libro.

A pesar de todo, la escritora no encontró en Madrid esa magia que necesitaba y decidió volver a Buenos Aires para saber algo de sus hijas. *"Amo el país en que nací con toda mi alma"*, contó en una entrevista publicada en una revista trasandina. *"Mi patria es hoy Argentina, mañana será Francia cuando allá me encuentre contenta, en fin"*. Estando en el vecino país tampoco dejó de escribir. En 1919, bajo pseudónimo Teresa de la Cruz, publicó *"Cuentos para hombres que todavía son niños"*. En ellos recordó su infancia y recreó algunas situaciones vividas por ella. Sin embargo, su constante ánimo de búsqueda y el hecho de no soportar la experiencia de vivir cerca del lecho de muerte de su amor Anuarí le hicieron decidirse a volver a Europa.

Su destino fue París, aunque debió pasar primero por Londres. Allí nuevamente fue acusada. Ahora, por activista rusa. Ofuscada, se vuelve a Madrid, en donde retomó su rutina de bohemias y cafés.

AL FINAL, LA ESPERANZA...

A principios de 1930, la Wilms se enteró de que su

suegro José Ramón Balmaceda visitaría Bélgica en compañía de las hijas de Teresa, Elisa y Sylvia, haciendo una escala en París. La escritora chilena hizo todas las gestiones para embarcarse con rumbo a la "ciudad luz" y esta vez no tuvo ninguna complicación.

Corrían ya cinco años desde que vio a sus hijas por última vez y estimó que debía hacerlo todo con tal de verlas. Teresa aprovechó la instancia de que trabajaba en la revista **Nosotros**, con sede en el país galo, para viajar hasta allá. La habitación que la acogió en el hotel parisino fue de lo mejor que le tocó vivir durante su vida independiente y, para variar, se integró rápidamente a la intelectualidad de la capital francesa.

Una vez llegadas a París, las hijas de Teresa no fueron llevadas donde ella y pasó mucho tiempo antes de que pudieran juntarse. El rechazo de su suegro hacia la intelectual chilena se hizo escuchar una y mil veces. Hasta que, al fin, pudieron concretar un encuentro a escondidas con la ayuda de algunas empleadas de buena voluntad.

El primer vistazo fue mágico. Teresa sólo atinó a mirar a sus hijas y ante sus ojos pudo apreciar a estas lindas niñas que iban a clases a un colegio de monjas de París, soportando con estoicismo el marcado racismo francés. Teresa las besó continuamente...

Con la ayuda de diplomáticos chilenos -a ese nivel- los encuentros se oficializaron y se hicieron dos días a la semana: jueves y domingo. La alegría, sin embargo, termina cuando los Balmaceda vuelven a Chile. Ese fue el comienzo del fin para la escritora.

"Esta vida también me aburre", diría en otra entrevista. Ya, a estas alturas, se había convertido en una fumadora empedernida. La soledad se apoderó de ella. La partida de sus hijas le provocó un profundo dolor. *"Me he encerrado en el aro del misterio y éste se estrecha por momentos a mi corazón"*.

A esas alturas había dejado de crear. No estaba en condiciones. Días antes de la Navidad de 1921 Teresa consumió una fuerte dosis de Veronal y sumó así otro intento de suicidio. Fue encontrada por una amiga, quien pidió ayuda rápidamente. Ingresó al hospital el 22 de diciembre de 1927. Sus amigos insistieron vanamente por volver a verla. Sólo lograron hacerlo cuando Teresa había fallecido. Contaba 28 años. *"Nada tengo, nada dejo, nada pido. Desnuda como nací me voy, tan ignorante de lo que en el mundo había"*, alcanzó a escribir, denotando toda esa vitalidad que le fue truncada por el duro contexto que le tocó afrontar.

Hoy, en el hermoso cementerio Père Lachaise, los restos de esta inmortal escritora y atractiva intelectual, descansan junto a Alberto Blest Gana y Oscar Wilde. **C&T**

